

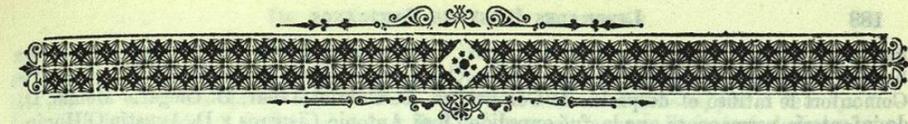
"Liberales Ilustres Mexicanos."

Patría: la debilidad de Comandante que dió el fin á la guerra. Con este motivo, D. Luis Gallo de Asala, el arce de la revolución, Guadalupe Díaz el 3 de Septiembre de 1867 de la República D. Benito Juárez, el 17 de Septiembre de 1867, en la que después de un año de guerra, se manifestó que no era posible inquebrantable el poder supremo, se estableció la ciudad libre, en un punto de Guadalupe y una vez más se organizó el gobierno, con autoridades constitucionales y su gobierno.

En ese momento siguió el gobierno, D. Benito Juárez y sus sucesores, que en el momento de la guerra, el pronunciamiento de 1867, el 17 de Septiembre de 1867, salvó á Juárez y al gobierno.



MANUEL CEPEDA PERAZA.



MANUEL CEPEDA PERAZA.

1828-1869

LA larga serie de personalidades conspicuas que hemos ido presentando en esta galería de liberales prominentes, bien patentiza la propagación, casi instantánea, al calor del patriotismo, en todas los ámbitos del país, después de la gloriosa revolución de Ayutla, de los principios republicanos. Las aspiraciones de libertad y progreso latían en la conciencia nacional desde luengo tiempo atrás, desde la época misma del establecimiento del gobierno colonial; pero sojuzgadas y oprimidas durante tantos años, sólo esperaban el momento histórico preciso para promover una explosión volcánica en el mundo de las ideas. Así se explica la rapidéz increíble con que cundió la chispa reformadora, y cómo de un extremo al otro de la nación, la lid era mantenida por campeones que surgían de todas las clases sociales, principalmente de las ilustradas, improvisándose hábiles guerreros y diestros estadistas. Hacia los cuatro rumbos cardinales mirábase arder las inmensas llamaradas del incendio, como para que el elemento purificador no dejase en sitio alguno la menor partícula del infeccioso virus moral que por tanto tiempo había corrompido el cuerpo político. La lucha fué general y el triunfo definitivo.

A la mas extrema región oriental de la República corresponde la gloria del batallador memorable cuya ejemplar existencia es ahora objeto de nuestra pluma. Nació Don Manuel Cepeda Peraza en Mérida de Yucatán, siendo sus padres Don Andrés Cepeda y Doña Narcisca Peraza, el día 19 de enero de 1828, y deslízose su primera edad entre los mimos del hogar y las faenas de la escuela, sin ofrecer otra particularidad que la ninguna vocación del infante á las carreras literarias. Por el contrario, su vocación militar se reveló desde muy temprano, pues se dice que niño aún, entrometióse en revueltas armadas y tumultos, recibiendo por ello severas amonestaciones paternales, que no amortiguaban sin embargo, en lo más mínimo, su natural instinto á la guerra. El año de 1844 vió por fin realizadas sus esperanzas bélicas con el nombramiento que se le extendió de subteniente de

la guardia nacional, teniendo ocasión á poco de ganar en la campaña de los indios rebeldes, las sucesivas divisas jerárquicas hasta la de Coronel, que obtuvo en 1851 á la edad de 23 años. Ya coronel, fué nombrado jefe militar de la importante plaza de Tihosuco, trasladándose luego á la villa de Motúl donde era jefe político su señor padre: allí contrajo matrimonio con la señorita Pascuala Argüelles, lo que no impidió que en el acto volviera á la campaña como jefe de uno de los batallones que guarnecían la plaza de Valladolid, lugar en que el 16 de septiembre de 1852, de acuerdo con el comité central de Mérida, proclamó en unión del Coronel D. Sebastián Molas el sistema federal y la Constitución de 1824 para la República y la de 1850 para el Estado.

Ocho días batieron las fuerzas de Cepeda la ciudad de Mérida con tal arrojo que el Gral. D. Rómulo Díaz de la Vega, jefe de la guarnición conservadora, llegó á verse una vez por segundos en poder de sus enemigos; pero por la falta de auxilios que se le ofrecían y no le llegaron, y habiéndolos sí recibido de los suyos el cabecilla reaccionario, miró Cepeda frustrados sus planes y se retiró atacado de cólera á una finca de campo, que le sirvió de escondite y refugio, hasta que restablecido de su enfermedad, principió para él una era de penalidades y persecuciones. Logró empero burlar á sus esbirros y salir de la península yucateca. El año de 1854 conoció en Nueva Orleans al benemérito Juárez y al siguiente cruzó el Bravo por Bronswille y pasó á Matamoros á las órdenes de Don Santiago Vidaurri. "El que había tremolado, primero en la República (dice Don Yanuario Manzanilla en unos apuntes biográficos que nos sirven de guía), la bandera de la insurrección contra la odiosa dictadora de Santa-Anna en Yucatán, iba á continuar la campaña en los Estados del Norte, en más vasto campo." En la famosa batalla del Saltillo, librada los días 23 y 24 de julio de 1855 por Vidaurri contra Gutiérrez y Cruz, que fueron derrotados, fungió de Mayor General del Ejército Restaurador, haciéndose acreedor por su bizarro comportamiento al

más amplio elogio de su jefe y de sus compañeros. Triunfante la revolución de Ayutla, Comonfort le ratificó el despacho de Coronel de infantería permanente que le fué expedido por Vidaurri, y le confirió diversas comisiones militares en Yucatán, donde batió sin cesar en todas partes á los disidentes del nuevo orden de cosas y sostuvo desde el 18 de Septiembre hasta fines de Octubre el brillante sitio de Campeche, plaza que hubiera caído en su poder si el gobierno no hubiera entrado en pláticas y avenimientos con las tropas sitiadas.

Terminada la campaña de Campeche, tomó parte en defensa del gobierno local en varios encuentros de armas, y después de trasladado á Veracruz, recibió allí orden de prestar sus servicios al mando de un batallón, en la brigada del Gral. D. Ignacio Mejía, con la cual hizo toda la guerra de tres años en el campamento de Veracruz á México, volviendo en seguida al Estado de Yucatán á sostener con su espada al gobierno local de los constantes agresores de los enemigos de la libertad. Hablando de estos sucesos, dice el Sr. Manzanilla que Cepeda peleó como un héroe en Motul, en Xkolac, en Techoh, en Mérida, y sostuvo al gobierno hasta que abandonó la situación, poniéndose luego de acuerdo con el gobierno de Campeche para continuar la guerra contra los revolucionarios de Yucatán.

Organizó una columna de 400 hombres y con 300 que recogió en los pueblos del tránsito, se aproximó hasta siete leguas de Mérida, siendo batido en Chocholá por 3000 hombres de los contrarios, que sólo consiguieron desalojarle de aquel pueblo indígena por virtud de la defección de uno de sus subalternos. Entonces se dirigió á Campeche, plaza que se vio precisada á rendirse, ante la incontrastable superioridad del enemigo, y fué desterrado Cepeda Peraza del suelo mexicano: á su regreso del ostracismo permaneció durante algún tiempo retirado de la vida pública, en la cual iba pronto á recoger sus últimos y más gloriosos laureles.

Quien se levantó primero en Yucatán contra el Imperio fué el coronel D. Buenaventura Martínez que derrotó en la hacienda de Yaxkukul al coronel imperialista D. Carlos Moreno. Entre tanto, los buenos liberales conspiraban en Mérida, y se cuenta que Cepeda Peraza, ya próxima á estallar la ola patriótica, dijo á dos respetables personas con quienes desde un balcón presenciaba una vez el desfile de las fuerzas imperialistas que solemnizaban alguna fecha religiosa, al mando del Comisario D. José Salazar Ilarregui: —“Señores, esta es la última función del último abono.” Y se cumplió la profecía.

Justo es consignar que los principales colaboradores de Cepeda fueron D. Eligio Ancona, D. Gabriel Aznar, D. Olegario Molina, D. José Antonio Cisneros y D. Agustín O'Horán. Obtuvo el paladín republicano su primera victoria en el pueblo de Hecelchakán, donde con cuatrocientos hombres derrotó á tropas más numerosas y mejor armadas y equipadas que las suyas, quitando al enemigo un gran tren de artillería y haciéndole gran cantidad de prisioneros. El triunfo de Hecelchakán facilitó la toma de Campeche por el benemérito D. Pablo García. Púsose en marcha Cepeda incontinenti para Mérida y ocupó en sus suburbios la ermita de Santa Isabel, donde sólo permaneció dos días, contramarchando á Umán y de allí á Mukuyché, hacienda en que se trabó reñidísimo combate y fué desbaratada una fuerza imperialista. Sin embargo, como el sitio de la finca se prolongase, dejó Cepeda las operaciones militares encomendadas al coronel D. Leandro Domínguez, y salió sigilosamente por entre las filas de los sitiadores, con trescientos hombres, cayendo de improviso sobre la hacienda de Canchakan, en la que batió y puso en dispersión las fuerzas que la guarnecían.

Dirigióse en seguida á Mérida, y por sorpresa penetró la noche del 15 de marzo de 1867, hasta la cárcel pública, para sacar y llevarse á los presos políticos que allí tenía encerrados el absolutismo imperial. Tomó también parque, armas y correa, y se situó de nuevo en la plaza de Santa Isabel, dando origen á diarias escaramuzas que sería prolijo referir. Hubo necesidad de que el valiente coronel D. Matías J. Cámara fuese á batir con trescientos hombres el pueblo de Techoh, donde se había atrincherado una columna reaccionaria, y como no tomase la plaza por asalto, como se lo había ordenado Cepeda, se dice que le mandó decir con un ayudante, que no lo había enviado á sitiar á Techoh, sino á asaltarlo, y que si carecía de empuje para hacerlo, iría él (Cepeda) personalmente á enseñarle á tomar plazas por asalto. Cámara, que era en realidad temerario, en recibiendo semejante misiva, arremetió tan furiosamente contra las fortificaciones, que se hizo dueño en un solo asalto de la formidable posición enemiga.

Con la capitulación á poco de la plaza de Izamal, ya no quedaban en poder de los imperialistas, fuera de la Capital del Estado, más poblaciones que la ciudad de Tekax y la villa de Peto, que por sus exiguas guarniciones y su proximidad á la región peninsular ocupada por los bárbaros, no podían ni debían distraer la atención del jefe republicano, cuyos bien meditados planes comenzaban á dar por resultado que sólo Mérida obedecía las órdenes del Co-

misario imperial. Así es que toda su solicitud se contrajo á un solo punto y la madrugada del 12 de abril acamparon sus tuerzas en los arrabales meridianos de la Mejorada y San Cristóbal, dando comienzo desde luego las operaciones del sitio. La campana mayor de la Catedral tocó á rebato, el vecindario experimentó el calorífico precursor de los grandes catástrofes, y la ciudadela de San Benito saludó á los patriotas con un disparo de artillería que pegó en la fachada del templo frente al cual se encontraban los jefes y oficiales republicanos, rociándolos sin avería de pedazos de metralla. El coronel Cámara fué el encargado de formar los atrincheramientos, y en el acto principiaron á levantarse, lo mismo que á practicarse activas horadaciones al través de las manzanas, y muy en breve una pieza de artillería de montaña, á las órdenes de D. Miguel Doporto, llegó á colocarse á dos cuerdas al Oriente de la plazuela de Santa Lucía y desalojó con sus fuegos al enemigo que ocupaba las azoteas contiguas á la iglesia de dicha plaza. Los combates eran diarios y sangrientos, y la línea enemiga vomitaba de día y de noche metralla y bala rasa sobre los sitiadores.

Con el avance de las fortificaciones coincidió el nombramiento de jefes de las líneas avanzadas, recayendo el de la calle de la Mejorada en D. Miguel España Guerra, el de la manzana inmediata al Comisariato, en D. Ramón Chambo y el de la manzana contigua al templo de Santa Lucía, en D. José Antonio Muñoz. Función de Mayor General de la División el coronel D. Leccadio Espinosa. En la línea encomendada á Chambo, al practicarse una horadación, los soldados se encontraron una caja que contenía onzas de oro, y en la línea de Muñoz se hallaron en el pozo de una casa varios envases con numerario de plata.

Sin perjuicio de las atenciones del sitio, el general Cepeda mandó organizar y municionar una sección de trescientos hombres, que puso á las órdenes de su hermano D. Apolinar, quien con ella se apoderó á viva fuerza del puerto de Sisal, quedando en su poder muchos prisioneros, tres piezas de artillería y el rancho preparado para la guarnición, que tomó su victoriosa tropa. Regresó ésta á Mérida y ocupó el suburbio de Santiago, avanzando con tal rapidez hacia el centro de la ciudad, que muy pronto estuvo cerca del templo de Jesús María. La artillería de Sisal fué llevada á Mérida.

El audaz imperialista D. Marcelino Villafañá ocupó con cuatrocientos de los suyos la plaza de Santa Ana, á fin de observar las operaciones y movimientos de los nuestros, proteger la entrada de víveres en la plaza que ya escaseaban, y ver si podía dar algún golpe de mano por

la retaguardia ó por algún flanco al cuartel general de la Mejorada. Cepeda resolvió batir en el acto al atrevido Villafañá, y el 4 de mayo formó tres columnas de infantería de á cien hombres cada una, y otra de caballería, lanzándolas sobre el atrio, las alturas, la plaza y las torres en que se había atrincherado la fuerza conservadora. El personalmente dirigió la función de armas, y se cuenta que respondió á Villafañá se batía como un león: —“Los que se baten como leones están ciegos y se les derrota con táctica y habilidad.”

El enemigo se vio precisado á replegarse con enormes pérdidas, dejando parque, armas y prisioneros en manos de los vencedores, cuyo triunfo se festejó en el campo republicano con músicas y cohetes. No pudo celebrarse mejor el aniversario del 5 de Mayo, á cuyo gloriosa conmemoración dedicó también un número especial “La Razón del Pueblo,” periódico que servía de órgano al comité republicano de Mérida. La derrota de Villafañá fué uno de los más brillantes episodios del sitio, tanto por las heroicas peripecias durante él ocurridas, cuanto por sus consecuencias materiales para el éxito de los planes de Cepeda Peraza, cuyas tropas vinieron á quedar á dos cuerdas del Comisariato y de la Plaza de Armas.

Continuaron así las cosas hasta el 13 de mayo en que se supo que D. Francisco Cantón y otros jefes imperialistas se habían presentado con seiscientos hombres frente de Izamal que sólo contaba con noventa, y una pieza de artillería. El General en Jefe resolvió marchar en persona con doscientos al auxilio de la plaza amagada, y cerca de ella trabó reñidísimo y sangriento combate, logrando penetrar hasta reunirse con los de adentro. Allí fué donde habiéndose acabado el parque, hizo proyectiles con las flautas del órgano del templo, que eran de plomo. Cepeda regresó á Mérida y la guarnición de Izamal resistió tres días más el sitio, hasta que agotado el parque, evacuó la plaza saliéndose por el camino de Hochtún, pasó por Tixkokob y se incorporó sin novedad con el grueso del ejército.

Entre tanto, Cepeda Peraza había accedido á las instancias de un español llamado Arévalo, antiguo imperialista de Tabasco, que le ofreció sus servicios y se comprometió á asaltar el Comisariato que se consideraba inexpugnable. Cepeda aceptó, no obstante los antecedentes del solicitante, porque tenía confianza en la fidelidad de sus soldados, y el asalto se verificó aunque sin éxito, muriendo mucha gente de ambas partes y el mismo Arévalo, cuyas verdaderas intenciones al cambiar de bandera quedaron así para siempre en el misterio.

La fuerza enemiga que ocupó á Izamal después de la desocupación por los liberales, también la evacuó al día siguiente, y dirigiéndose á Mérida, logró penetrar en la plaza, no sin ser batida en cada calle, en cada esquina, en cada casa, hasta la ciudadela de San Benito, de donde luego volvió á salir D. Francisco Cantón con una fuerza de refresco á batir el campamento de San Cristóbal. Se presentó con tal arrojo que los republicanos cedieron al número y al ímpetu; pero la presencia de Cepeda Peraza en el lugar de más riesgo cambió el aspecto de las cosas, decidiéndose por él la victoria, con lo cual y con el auxilio de 150 hombres que D. Pablo García mandó de Campeche, donde entró á viva fuerza el 4 de Junio, se tuvo ya por seguro el triunfo definitivo de las armas republicanas.

Por estos días ancló en las aguas de Sisal el vapor mercante americano "Virginia" conduciendo á bordo al Gral. D. Antonio López de Santa-Anna, quien envió una carta al Gral. Cepeda Peraza, creyendo equivocadamente que el caudillo liberal era su antiguo amigo el Gral. D. Martín Francisco Peraza. La contestación de Cepeda fué mandarle extraer de á bordo y reducirle á prisión, lo que tuvo que ejecutarse no sólo con audacia, sino con astucia, para burlar la resistencia del capitán del buque, sin inferir agravio á la bandera de los Estados-Unidos. Aunque el primer intento de Cepeda Peraza fué fusilar á su prisionero, se le objetó que el hecho daría lugar á reclamaciones internacionales de los Estados-Unidos, que sería reprochable el que de orden de Cepeda Peraza fuese ejecutado Santa-Anna cuando por equivocación se había dirigido á él, y que se podría atribuir la ejecución á venganza personal, supuesto que Cepeda en 53 había hecho armas contra la dictadura del que la suerte había venido á poner en sus manos. Suspendió por estas consideraciones el general en jefe la orden del fusilamiento y acordó que Santa-Anna fuese conducido á Campeche.

Los diarios desastres habían agotado en tales términos el ánimo á los sitiados, que ya no daban señales de vida. Moralmente la plaza estaba tomada, y sabiendo el jefe republicano que las familias de dentro de la línea enemiga perecían de hambre, se dirigió al Comisario Imperial, para que permitiera salir á las mulas, ancianos y niños; pero se negó á ello, por lo que, cuando después una comisión enviada por el Gral. Felipe Navarrete propuso la salida de las familias que habitaban entre las dos líneas de las fuerzas beligerantes, al Gral. Cepeda, éste se negó á tratar con Navarrete sobre ningún punto relativo á la guerra.

Entonces el comisario envió á los Sres. D. Daniel Traconis y D. Donaciano García Rejón, á fin de celebrar los convenios de un arreglo para terminar la guerra, y habiendo renombrado por su parte el Gral. Cepeda á los Sres. D. Miguel Castellanos y D. Yanuario Manzanilla, para que se entendieran con ellos, se levantó una acta de capitulación, el 15 de Junio de 1867, por la que los sitiados se comprometían á entregar la plaza y las armas, y los sitiadores á conceder garantías á los defensores de la ciudad, menos á los que hubiesen faltado á compromisos contraídos en capitulación anterior de la misma campaña. El comisario y los jefes y oficiales capitulados, obtuvieron sus pasapartes para los puntos del extranjero que designaron.

La mañana del día 16 hizo su entrada triunfal la división republicana, acompañada de músicas, cohetes, repiques y un numerosísimo concurso de gente. Cepeda expidió dos proclamas, una á sus soldados y otra á los yucatecos, explicándoles su conducta militar y exhortándolos á la cordialidad y la armonía. Procedió luego á la organización de su gobierno. Nombró consejeros á los Sres. D. Agustín O'Horan, D. José Antonio Cisneros y D. Pedro Idefonso Pérez; organizó la administración, á pesar de la escasez de recursos y de la oposición de los ricos; secularizó la enseñanza con el establecimiento del Instituto Literario y las Escuelas Españolas de Mérida, llevó á la práctica la exclaustación de las monjas; atendió á todos los ramos del servicio público, y se condujo, en suma, con ejemplar honradez y estricta sumisión á la ley.

Las fatigas de la campaña y las rudas tareas de la reconstrucción administrativa acabaron de arruinar su poco robusta constitución física, y el 3 de Marzo de 1869 falleció de una antigua enfermedad del pecho, siendo su muerte sinceramente deplorada por todos los amantes de la libertad y el progreso. El mes siguiente se le declaró benemérito del Estado, ordenando el decreto á la vez que su nombre fuese inscrito con letras de oro en el salón de sesiones de la Legislatura del Estado.

Fué de un carácter severo, sobre todo en asuntos de disciplina militar; mas esta severidad que le llevaba á aplicar con frecuencia la pena de muerte, obedecía sin duda á cálculos y propósitos trascendentes bien meditados, pues se refiere que tenía grandísima afición á divertirse pillando pájaros en trampas que ponía al efecto, por lo que alguno le dijo que era extraño en un hombre de guerra como él aquel entretenimiento pacífico. —"Me entretengo así, respondió, porque en la guerra hay

"Liberales Ilustres Mexicanos"

JOSE MARIA ARTEAGA

